

ARTÍCULO PRINCIPAL

El plan de Dios para el hombre tal como se muestra en sus pactos

"El secreto del Señor es para los que le temen, y a ellos les revelará su pacto". —Salmo 25:14

Dios tiene un plan para el hombre que resultará en la bendición de todas las familias de la tierra y que, cuando se complete, habrá restaurado a la raza humana a Dios. Si estudiáramos la Biblia simplemente para confirmar un credo preestablecido, nunca encontraríamos las joyas de la verdad que se esconden en sus páginas. Sin embargo, si nuestro esfuerzo sincero es conocer los propósitos de Dios, y si nos acercamos a la Biblia con una mente abierta y un corazón honesto, encontraremos el plan divino para el destino humano claramente revelado en sus páginas.

Los pactos de Dios ofrecen un panorama completo de su glorioso plan a lo largo de los siglos. Estos pactos, tal como están registrados en la Biblia, abarcan todo el curso de la historia humana, desde el paraíso perdido hasta el paraíso recuperado. Este artículo analiza algunos de los pactos entre Dios y el hombre tal como están registrados en la Biblia. Comprender estos pactos nos ayudará a apreciar nuestro lugar en el gran programa divino para la

salvación del mundo. Al contemplar los pasos majestuosos de nuestro Dios en el desarrollo de su plan para el hombre, nuestra fe se fortalecerá y nuestra esperanza en su reino se hará más grande y más real.

Los pactos de Dios, tal como se registran en la Biblia, se presentan de diversas maneras. Algunos toman la forma de una promesa o compromiso unilateral por parte de Dios. Otras están estructuradas como acuerdos o contratos bilaterales entre Dios y personas, naciones o toda la raza humana. Algunos de los pactos de Dios incluyen ordenanzas establecidas divinamente con recompensas por la fidelidad y castigos por la infidelidad. Sin embargo, en todos los casos, los pactos de Dios con su creación humana tienen como propósito último su bendición eterna.

El pacto en el Edén

El primer pacto entre Dios y el hombre se estableció en el Jardín del Edén. Se registra en Génesis 2:15-17: «Y Jehová Dios tomó al hombre y lo puso en el jardín de Edén para que lo cultivara y lo cuidara. Y Jehová Dios le ordenó al hombre, diciendo: “De todo árbol del jardín podrás comer libremente; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que comas de él, de seguro morirás”».

La vida o la muerte dependían del cumplimiento de este pacto. Este exigía obediencia a la ley de Dios. Adán rompió este pacto con su desobediencia. (Génesis 3:6) Perdió su relación de pacto con Dios. Fue condenado a muerte. La Biblia dice: «En su

favor está la vida». (Sal. 30:5) Nadie puede vivir para siempre sin el favor de Dios, a pesar de que muchos creen en la doctrina errónea de la inmortalidad inherente. Solo al estar en el favor de Dios es que el hombre tiene vida. La existencia eterna del hombre depende de que esté en una relación de pacto con Dios. Satanás dijo: «De ninguna manera moriréis». (Génesis 3:4) Una versión moderna de esto sería: «Parecerá que mueren, pero el alma estará realmente viva en otro lugar».

Hablando de Satanás, Jesús dijo: «Él fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, habla de lo suyo propio; porque es mentiroso y padre de la mentira». (Juan 8:44) Por otro lado, Dios le dijo a Adán de manera sencilla y clara el resultado de la desobediencia: «Ciertamente morirás». (Génesis 2:17) A juzgar por la evidencia que nos rodea, fue Dios, y no Satanás, quien dijo la verdad. Ciertamente, Adán está muerto, y la Biblia nos dice que en Adán «todos mueren». (Génesis 5:5; 1 Corintios 15:22) Por lo tanto, todos debemos enfrentar la decisión de si fue Dios o Satanás quien dijo la verdad en este asunto de vida o muerte.

Es evidente que no solo Adán perdió su comunión con Dios, sino que toda su descendencia también ha nacido fuera de la relación del pacto con él. Está escrito: «Por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado, la muerte; y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Romanos 5:12). Sin embargo, tras la transgresión de Adán, Dios no entregó a la raza humana a Satanás para su destrucción total y

absoluta. Este hecho quedó claro por primera vez en la declaración de Génesis 3:15, donde se nos da la seguridad de que la simiente, o descendencia, de la mujer heriría la cabeza de la serpiente. Esto fue un rayo de esperanza para nuestros primeros padres de que, en algún momento en el futuro, sería posible restaurar su relación de pacto con Dios.

El pacto con Noé

El siguiente pacto establecido con el hombre tras su expulsión del Edén fue otorgado a Noé. Este pacto brinda una gran seguridad de que «los cielos son del Señor, pero la tierra la ha dado a los hijos de los hombres» (Sal. 115:16). Este pacto se expone claramente en Génesis 9:11-17: «Estableceré mi pacto con ustedes; nunca más será exterminada toda carne por las aguas del diluvio, ni habrá jamás otro diluvio para destruir la tierra. Y Dios dijo: “Esta es la señal del pacto que establezco entre mí y ustedes, y con todo ser viviente que está con ustedes, para todas las generaciones venideras: Pongo mi arco en las nubes, y será señal de mi pacto entre mí y la tierra. Y sucederá que, cuando traiga una nube sobre la tierra, se verá el arco en la nube; y me acordaré de mi pacto, que es entre mí y ustedes y todo ser viviente de toda carne; y las aguas ya no se convertirán en un diluvio para destruir toda carne. Y el arco estará en la nube; y yo lo miraré, para acordarme del pacto eterno entre Dios y todo ser viviente de toda carne que está sobre la tierra. Y Dios dijo a Noé: «Esta es la señal del pacto que he establecido entre mí y toda carne que está sobre la tierra».

En este relato, Dios nos dice que el arco iris es la señal de que el pacto se mantendrá y de que la tierra nunca más será destruida por un diluvio de aguas. Podríamos preguntarnos: ¿Por qué se eligió un arco iris como señal de garantía del pacto de Dios? Apreiciar esta sencilla verdad es hacer crecer nuestra fe. Según la Biblia, nunca había llovido sobre la tierra antes del diluvio. En Génesis 2:5, 6 se nos dice: «El Señor Dios aún no había hecho llover sobre la tierra, [...] pero subía una niebla de la tierra y regaba toda la superficie del suelo». Una de las razones por las que tal vez se burlaron de Noé, mientras construía el arca en preparación para el diluvio que se avecinaba, fue que quienes vivían en aquella época nunca habían visto llover desde las nubes.

La razón por la que no había lluvia antes del diluvio es tanto científica como bíblica. En Génesis 1:6-10, el relato de la creación nos dice que el «firmamento» separaba dos grandes masas de agua. Se nos dice que Dios llamó al firmamento «cielo», es decir, una extensión de cielo. Las aguas que estaban debajo de los cielos se encontraban sobre la tierra, y a medida que apareció la tierra seca, se separaron en grandes masas de agua llamadas mares, tal como las encontramos hoy en día. Las aguas que estaban sobre el firmamento tenían la forma de un anillo de materia acuosa que rodeaba la tierra antes del diluvio. No es extraño que los planetas tengan anillos que los rodean. Saturno tiene anillos compuestos principalmente de agua en forma de hielo. Otros planetas tienen anillos compuestos de materiales distintos al agua. El anillo que rodeaba a

la Tierra antes del diluvio se creó durante el tiempo en que la Tierra se preparaba para ser habitada por el hombre, cuando el intenso calor del planeta expulsó, en forma de vapor, vastas cantidades de humedad. Esta humedad rodeaba a la Tierra como un velo. Provocó que existieran condiciones de efecto invernadero sobre la Tierra.

Esta teoría sobre la creación de la Tierra es compartida tanto por muchos científicos como por estudiosos de la Biblia. A muchos les ha resultado un enigma el motivo por el cual los mastodontes y otros animales de sangre caliente pudieron vivir en lo que hoy es la zona ártica. Las condiciones de clima cálido y húmedo que existían en la Tierra antes del diluvio hacían que todas las partes del planeta fueran igualmente habitables.

En Génesis 7:11, 12 tenemos el relato de la ruptura del anillo sobre la Tierra en estas palabras: «En el año seiscientos de la vida de Noé, en el segundo mes, el día diecisiete del mes, ese mismo día se rompieron todas las fuentes del gran abismo, y se abrieron las ventanas del cielo. Y la lluvia cayó sobre la Tierra durante cuarenta días y cuarenta noches».

«Se abrieron las ventanas del cielo». Las aguas que estaban sobre el firmamento entraron en la atracción gravitacional de la Tierra y se liberaron en forma de un diluvio de lluvia. El efecto de invernadero, especialmente en los polos, terminó abruptamente, y se formaron los casquetes polares. El diluvio había llegado en cumplimiento de la palabra de Dios dada a Noé. Los mastodontes y otros animales quedaron atrapados con comida no completamente digerida

en sus estómagos e intestinos. Se conservan hasta el día de hoy como testimonio.

Ahora sabemos por qué Dios eligió un arcoíris como señal de su pacto. Mientras hubiera aguas sobre el firmamento, la Tierra no podía disfrutar de los rayos directos del sol. Se requieren los rayos directos del sol para producir un arcoíris, pues este es el reflejo y la refracción de los rayos directos del sol que inciden sobre el aire cargado de humedad, lo cual descompone la luz en los diferentes colores del prisma. La existencia de un arcoíris visible demuestra que ya no hay un anillo de aguas sobre la tierra. También asegura que nunca más podrá haber otro diluvio que cubra todo el planeta. Dios eligió el arcoíris como señal de su pacto con el hombre porque es una garantía absoluta de que otro diluvio de tal magnitud es imposible.

Los pactos con Abraham e Israel

Dios estableció su siguiente pacto con Abraham. Este pacto afecta a todas las familias de la tierra. Se expresa sencillamente con estas palabras: «En ti [en tu descendencia] serán benditas todas las familias de la tierra» (Génesis 12:3; 22:18). Varios detalles de este pacto le fueron reiterados a Abraham en otras ocasiones, así como a su hijo Isaac y al hijo de Isaac, Jacob. (Génesis 26:4; 28:14) He aquí una maravillosa seguridad para todos los hombres, pues el pacto exigía dos cosas: primero, que Abraham tuviera una descendencia, y segundo, que a través de la descendencia de Abraham llegaran bendiciones a todas las familias de la tierra.

Poco más de cuatro siglos después de establecer su pacto con Abraham, Dios estableció el pacto con los hijos de Israel, los descendientes de los doce hijos de Jacob. Se conoce como el Pacto de la Ley. Se estableció en el Monte Sinaí. Después de que se les dieran los estatutos de la ley de Dios, se le dijo a Israel: «Por tanto, guardaréis mis estatutos, [...] y el que los cumpla, vivirá en ellos». Al unísono respondieron: «Haremos todo lo que el Señor ha dicho» (Lev. 18:5; Rom. 10:5; Éxodo 19:8). Los hijos de Israel aceptaron los términos del Pacto de la Ley. En este pacto creyeron haber encontrado el camino a la vida eterna, y pensaban que lo único que debían hacer era cumplir con los términos de este pacto.

Dios presentó una ilustración de estos dos pactos — el uno con Abraham y el otro con la nación de Israel— en las esposas de Abraham, tal como se registra en Gálatas 4:21-28: «Decidme, vosotros que queréis estar bajo la ley: ¿no oís la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos: uno de la esclava y otro de la mujer libre. Pero el que era de la esclava nació según la carne; el de la mujer libre, por la promesa. Estas cosas son una alegoría: pues estos son los dos pactos; el uno del monte Sinaí, que da a luz para la esclavitud, que es Agar. Porque esta Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, la cual está en esclavitud con sus hijos. Pero la Jerusalén de arriba es libre, y ella es nuestra madre a todos. Porque está escrito: «Alégrate, estéril que no das a luz; prorrumpí en gritos de júbilo, tú que no tienes dolores de parto; porque la desolada tiene más hijos que la que tiene marido». Ahora bien, hermanos,

nosotros, al igual que Isaac, somos hijos de la promesa».

¿Por qué se estableció el pacto de la Ley? Ha mantenido a la nación de Israel en esclavitud. Hasta ahora, ningún judío, excepto Jesús, la ha cumplido a la perfección. Ha estado más allá de su capacidad. El pacto de la Ley se estableció por varias razones, pero la principal es la que menciona Pablo en Gálatas 3:24, donde dice: «Por lo cual la Ley fue nuestro maestro para llevarnos a Cristo». El pacto de la Ley era perfecto. Sin embargo, ningún judío, con la excepción de Jesús, ha cumplido jamás la ley dada a Israel. Un hombre imperfecto no puede cumplir una ley perfecta. Del mismo modo, ningún hijo de Adán puede cumplir la ley perfecta de Dios porque todos son «formados en la iniquidad» y concebidos en pecado (Sal. 51:5). Todos son imperfectos. La ley que el pueblo judío pensaba que era para la vida, descubrió que era para la muerte. Los condenaba bajo el pecado (Rom. 7:10; Gál. 3:22). Les mostraba que eran imperfectos y que la ley perfecta de Dios estaba más allá de su capacidad.

El pacto de la Ley demostró que los seres humanos imperfectos, ya sean judíos o gentiles, no pueden cumplir la ley de Dios. «Por lo cual, así como por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron». (Rom. 5:12) Por lo tanto, el pacto de la Ley fue, como se señaló anteriormente, un «maestro» que conducía a Cristo como Salvador y redentor de la humanidad. Nuestro Señor Jesús era «santo, inocente, sin mancha,

apartado de los pecadores». (Heb. 7:26) Él cumplió la ley de Dios. Esto demostró su perfección como hombre y, por lo tanto, probó su capacidad para morir como el rescate por Adán y su raza.

La ley de justicia de Dios exigía que se entregara una vida perfecta a cambio de una vida perfecta perdida. (Éxodo 21:23) Adán perdió la vida perfecta debido al pecado. Murió, y toda la raza ha muerto en él. Cristo, un hombre perfecto, fue obediente a la ley de Dios. Murió, no como pecador, sino en lugar del pecador, Adán. La resurrección de Cristo por el gran poder de Dios nos da la seguridad de que toda la raza vivirá en él. (Hechos 17:31) «Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados», y se les dará la oportunidad de ser restaurados a la perfección humana perdida en el Edén. (1 Corintios 15:22) El pacto de la Ley fue dado para mostrar la necesidad de un Salvador y el redentor. A través de Cristo Jesús, toda la humanidad volverá a tener el privilegio de la vida y la comunión con Dios.

El desarrollo de una simiente

El pacto con Abraham hablaba de una «descendencia» a través de la cual serían benditas todas las familias de la tierra. Los acontecimientos registrados en el Antiguo Testamento muestran que ni Isaac ni Jacob era la descendencia a la que se hacía referencia y que podría traer la bendición a toda la humanidad. El Nuevo Testamento nos dice que la descendencia era Cristo: «Ahora bien, las promesas fueron hechas a Abraham y a su descendencia. No dice: “Y a las descendencias”, como si se tratara de muchos, sino como de uno

SEPTIEMBRE 2026

solo: «Y a tu descendencia», que es Cristo». (Gálatas 3:16) Cristo, la descendencia de Abraham, bendecirá a todas las familias de la tierra conforme al pacto. Él, por la gracia de Dios, probó la muerte por cada hombre y acercó el cumplimiento de las bendiciones prometidas. (Heb. 2:9) El plan de Dios no es fortuito. Se basa en los principios de justicia, sabiduría, amor y poder, pues todos los atributos de Dios se unen en el cumplimiento armonioso de su plan para el hombre.

Cuando nació el Maestro, el ángel dijo: «No temáis, pues he aquí os traigo buenas nuevas de gran alegría, que serán para todo el pueblo. Porque hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor». Entonces el ejército celestial proclamó: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres». (Lucas 2:10, 11, 14) Han pasado casi dos mil años desde que Cristo murió en el Calvario, y las bendiciones prometidas aún no han llegado a la tierra. Hay una razón para ello. Se encuentra en el pacto que hace de la iglesia del Evangelio coheredera con Cristo como la «descendencia» que bendecirá al mundo. Esta gran verdad, pasada por alto por muchos, debería emocionar al cristiano con la perspectiva que ofrece: «Todos ustedes son uno en Cristo Jesús. Y si son de Cristo, entonces son descendencia de Abraham y herederos según la promesa». —Gálatas 3:28, 29

La obra de la era actual desde el Pentecostés no ha sido la conversión del mundo. El mundo no se ha reconciliado con Dios. Más bien, esta era ha sido testigo del desarrollo de la «descendencia» de

Abraham, que incluye a Cristo y a quienes le pertenecen. Es el privilegio del verdadero cristiano de hoy «manifestar las alabanzas de aquel» que nos ha llamado «de las tinieblas a su luz maravillosa». —1 Pedro 2:9

Un nuevo pacto

A su debido tiempo, la iglesia fiel vivirá y reinará con Cristo durante mil años (Ap. 20:4, 6). Así comenzará la obra de bendecir a todas las familias de la tierra, de acuerdo con la promesa de Dios. Esta será la obra de un Nuevo Pacto. Jeremías 31:31-34 y Hebreos 8:8-12 predicen este pacto y sus benditos resultados para todas las familias de la tierra: «Pondré mi ley en su interior y la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y ya no enseñará más cada uno a su prójimo, ni cada uno a su hermano, diciendo: “Conoce al Señor”, porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande de ellos, dice el Señor; pues perdonaré su iniquidad y no me acordaré más de su pecado».

Aquí hay una seguridad de que el hombre volverá a tener una relación de pacto con Dios. La promesa se cumplirá, y la ley de Dios volverá a ser puesta en la mente y en el corazón de las personas durante ese reinado de mil años. Todos los enemigos serán puestos bajo los pies de Cristo, y el último enemigo, la muerte, será destruido. (1 Cor. 15:25, 26) Solo los que desobedecen deliberadamente serán eliminados por la muerte.—Hechos 3:23

Todos los dispuestos y obedientes de la tierra se arrodillarán en adoración y toda lengua «confesará

que Jesús es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Fil. 2:11). ¡Nos regocijamos de que Dios tenga un plan para la recuperación de la raza humana —sí, para la bendición de todas las familias de la tierra bajo el Nuevo Pacto! Este plan alcanzará su culminación en lo que el apóstol describe como «la dispensación de la plenitud de los tiempos», cuando Dios «reunirá todas las cosas en Cristo, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra; todo en él» (Efesios 1:10).